



MES DE MAYO.

La etimología del mes de que vamos á ocuparnos procede de *Mayores*, por estar dedicado á los mayores ó ancianos, sin que por esto dejen de pretender algunos que deriva de la voz *Maya*, madre de *Mercurio*.

Apolo era su divinidad tutelar, y veíase simbolizado por la figura de un hombre en su edad viril, vestido con una túnica de mangas anchas, teniendo un canastillo de flores en la mano y un pavo real á sus piés, con la cola desplegada en forma de rueda ó abanico, cuyos cambiantes colores parecen representar la fertilidad de los campos y sus olorosas y abundantes flores.

Los romanos celebraban estas fiestas anualmente, llamadas seculares, que eran un verdadero Car-

naval, recorriendo noche y dia las plazas, calles y paseos con teas encendidas y adornando lujosamente las fachadas de los edificios con iluminaciones muy caprichosas.

Pertenece á este mes el signo de *Géminis*, que en lo antiguo se representaba por dos cabritos, indicando de este modo el nacimiento de los mismos en esta época del año; y con posterioridad por dos gemelos, ó sean los tindárides *Cástor* y *Pólux*.

Considerado bajo el aspecto religioso, celebra la Iglesia el dia 1.º de Mayo con la festividad de San Felipe y Santiago. Era el primero galileo y natural de Bethsaida, y acompañó constantemente á Jesus, al que dió á conocer al insigne Nathanael. Un año despues fué elegido

para formar parte del Apostolado, y sirvió de intermediario á muchos gentiles que á él se acercaron para que les presentara al Mesías. Durante la cena se permitió el Santo suplicar á su Maestro les diese á conocer á su Padre. El Señor le contestó estas breves palabras: *Quien me ve á mí, ve á mi Padre*. Sufrió horribles tormentos en Hierópolis, donde predicó la fe: un fuerte terremoto ocurrido en aquellos momentos puso en precipitada fuga á los gentiles, y al punto los cristianos trataron de bajarle de la cruz en que estaba enclavado; empero este ilustre mártir les rogó con evangélica y doliente voz que le dejaran espirar como el Salvador del mundo.

Santiago, llamado el Menor para distinguirle sin duda del Apóstol, dícese que tenía parentesco con Jesus, y fué su discípulo. Por espacio de treinta y tres años regentó la Iglesia de Jerusalem, y escribió una epístola, sufriendo tambien el tormento.

Réstanos señalar los principales hechos históricos que tienen en Mayo su aniversario, y que son los siguientes: Muerte de Arcadio, Emperador de Oriente, en 408.—Concilio de Cartago, en que se condenaron las doctrinas de Pelagio, en 418.—Gran batalla de Cannas, en 536.—Ocupacion de Toledo por los moros, en 709.—Batalla de Casca-

jares, ganada por el Conde Fernan-Gonzalez, en 911.—La toma de Calahorra por el Rey D. García, en 1045.—Muerte de Berenguer, Conde de Barcelona, en 1076.—Conquista de Lisboa por D. Alfonso VI, en 1093.—Muerte del mismo en Toledo, en 1109.—Toma de Antioquía por los árabes, en 1278.—D. Pedro de Pungalet sale con una escuadra para apoderarse de Mallorca, en 1343.—Muerte de don Enrique de Trastámara, en 1379.—Salida de Cristóbal Colon por tercera vez para América desde el puerto de Sanlúcar, en 1498.—Muerte del mismo á la edad de setenta años, en 1506.—El Cardenal Cisneros se apodera de Orán, en 1509,—y de Génova el Emperador Carlos V, en 1521.—Nacen en Valladolid el Rey Felipe II, en 1527, y en Madrid su célebre Ministro Antonio Perez, en 1534.—Mueren en Toledo la Emperatriz Isabel, esposa de Carlos V, en 1539,—y el insigne escritor y venerable Maestro Juan de Avila, en 1569.—Bautizo del Rey de España Felipe III, en 1578.—Autorizacion de éste para crear la Universidad de Oviedo, en 1604.—Mueren el reputado escritor D. José de Sigüenza, en 1606, y el no ménos insigne don Pedro Calderon de la Barca, poeta dramático, en 1691.—Entra en Nápoles Felipe V de España, en 1702.—Muere el célebre poeta in-

glés Juan Dryden, en 1707.—Nace en Oviedo el notable historiador sagrado Martínez Marina, en 1754. Murat se hace nombrar Lugar-teniente general de Carlos IV en España, en 1808.—Alzamiento de Madrid, Sevilla y otras poblaciones contra los franceses, en 1808.—Acción de Úbeda, ganada por nuestro General Cuadra, en 1811.—Evacuan los franceses á Cuenca, batidos por el Empecinado, en 1812.—Ordenan las Cortes la creación de un monumento al Dos de Mayo, en 1814.—Nace en Granada la última Emperatriz de Francia, viuda de Napoleón III, Doña Eugenia de Guzmán, en 1826.—Mueren el poeta D. José María Heredia, en 1839,—el Duque de Ahumada y el poeta Espronceda, en 1842;—en Madrid el notable pin-

tor Utrera, en 1848,—y el profundo filósofo D. Juan Donoso Cortés, Marqués de Valdegamas, en 1853.—Entrada en Madrid del Ejército vencedor en África, en 1860.—Victoria de la Armada española en el Callao al mando del malogrado Mendez Nuñez, en 1866.—Otras muchas personas notables fallecieron en el mes de Mayo, entre los que recordamos á Theudiselo,—Totila,—Constantino el Grande,—Mahomet II,—los tres Luises de Francia,—Enrique II de Castilla, Federico de Prusia,—Isabel de Portugal,—Ana Bolena,—Juana de Arco,—Eloisa, amante de Abelardo,—Calvino,—Jansenio,—Copérnico,—La Bruyere,—Rubens y Voltaire.

MANUEL JOAQUIN PASCUAL.

1.º de Mayo de 1879.

CARTAS Á UN NIÑO

SOBRE LA ECONOMÍA POLÍTICA.

IX.

Capital: todo producto dedicado á producir.
Puede no serlo un millón y serlo un maravedí.

La anterior definición que dí del capital en un librito mío, del que ya te he hablado, no puede ménos de

parecerte una paradoja. ¡Cómo! exclamarás tal vez; ¿no es capitalista un millonario? ¿Puede llamarse capitalista el que tiene sólo un maravedí?—Duro es confesarlo, pero ciertísimo. No te fijas para ello en la estricta significación del maravedí, moneda que, como sabes, no

tiene circulacion; pero sí en cualquier cantidad por pequeña que te parezca. Si esa moneda se dedica á una produccion ulterior, representa un capital; al paso que todo el dinero del millonario no lo representará si está enterrado en una cueva ó en un arca de hierro cuya cerradura tenga telas de araña.

Capital, segun el principio fijado, no es otra cosa que un producto destinado á producir nuevamente, ó sea el producto acumulado que se aplica á la produccion de la riqueza. Despréndese de esta misma definicion que no debe entenderse por capital, segun algunos pretenden, sólo el metálico, sino que tambien lo constituyen las tierras, los riegos, plantaciones, edificios, ganados, máquinas, primeras materias, talleres, oficinas, etc., etc., segun sea cada ramo de industria.

Los capitales se forman por medio del trabajo y las economías, condiciones especialísimas para la produccion de la riqueza. Y ya que trato esta cuestion, he de referirte la historia de un *capitalista* que con una peseta ha vivido algunos años y hoy dispone de un capital de más de quinientos duros. Poco dinero es; pero si á cada peseta que malgastamos la hiciéramos producir otro tanto, mal año para Creso y otros célebres ricotes.—Un amigo mio, director de un periódico nacional, deseaba encontrar vendedo-

res para el mismo, sin poderlo lograr. No analizaré la causa de esto, por ser poco honrosa para nuestras costumbres. Una vez convencido de la imposibilidad de sus tentativas, resolvió dar una peseta á cada uno de los pobres que encontrase en su camino, con la condicion de que habian de invertirla en ejemplares del periódico en cuestion, que le serian entregados á razon de un cuarto cada ejemplar. Las tres cuartas partes de los pobres socorridos no acudieron á cumplir su compromiso, y de los restantes algunos fueron un dia, y pocos, muy pocos, siguieron dedicados á la venta del periódico. Uno de ellos, sin embargo, á quien la mendicidad le parecia indecorosa resolvió aprovechar aquella circunstancia, tan imprevista para él, y se dedicó con la mayor constancia á la venta de aquel periódico, con lo que ganaba pocos dias despues más de diez reales diarios. Esta ganancia la iba acumulando casi íntegra por dedicar á su manutencion una parte muy escasa de la misma. La economía y el trabajo hacen prodigios. Al suspender la publicacion el periódico de su protector, el antiguo mendigo contaba con un puesto modestísimo de objetos de escritorio, fósforos y otras frioleras. Hoy tiene una tiendecita de lo mismo y surte á varios quinquilleros ambulantes, al propio tiempo que *dirige* á unos cuantos vendedores de pe-

riódicos, que, ménos felices que él, no tuvieron una peseta para empezar, ó, ménos virtuosos, consumieron al dia todas sus ganancias. ¡Quién sabe si andando el tiempo la peseta de mi amigo se habrá convertido en millones! Todo es posible en quien trabaja y economiza.

El capital puede dividirse en *fijo y circulante*: llámase fijo al que consiste en los instrumentos de produccion más ó ménos duraderos, y circulante la parte absorbida por la produccion é incorporada de tal manera á la misma que ya no vuelve á existir en la forma primitiva. Capital circulante es siempre, por lo que dejamos dicho, todo cuanto se refiere á jornales, primeras materias, etc.

Capital nacional no es otra cosa que la suma de los capitales particulares ó de los valores que los individuos de una nacion consagran á la produccion de la riqueza.

Llámase *industria* el arte de producir, ó sea el trabajo inteligente que se halla basado en la ciencia y

el arte, pues completándose mutuamente, necesitan combinarse para que el citado trabajo no sea estéril. Divídese la industria en cuatro ramos principales:

Industria extractiva, que consiste, como su nombre indica, en sacar del seno de la tierra, del fondo de los mares ó de los bosques, ciertos objetos formados espontáneamente por la naturaleza.

Industria agricola, consiste en el cultivo de la tierra.

Industria fabril, conocida más generalmente por *industria* á secas, que es el acto de modificar los objetos que el hombre toma de la naturaleza para acomodarlos á sus necesidades y caprichos.

Industria comercial, que consiste en el cambio de los productos, fruto del trabajo de las demas industrias.

De todas ellas me ocuparé con detencion en mis cartas sucesivas.

(Se continuará.)

M. OSSORIO Y BERNARD.

LA FUERZA DE LA COSTUMBRE.

FÁBULA.

Cierta hermosa aldeana,
Por la frondosa y pintoresca calle
Que formaban los árboles de un valle,
Rosas iba cortando una mañana.
En las violadas flores de un romero

Halló preso un jilguero
Que habíase caído
De los blandos vellones de su nido.
La jóven condolida
De la mísera suerte

Del pajarillo, loca y aturdida
 Para librarle de segura muerte
 Quiso al punto apresarle,
 Mas su intento fué en vano,
 Pues el ave dió un vuelo y fuése al llano;
 Pero logró alcanzarle
 Y al fin aprisionarle
 En la pequeña cárcel de su mano.
 Llevóle á su cabaña,
 Cuidó constante su preciosa vida,
 En palacio de caña
 Le dió grata guarida,
 Y en su turgente pecho
 Latante nido y regalado lecho.
 Agradecida el ave
 A tanto esmero y á cariño tanto,
 Prodigaba su canto
 Cada día más dulce y más suave.
 Así pasó algún tiempo, y no se sabe
 Quién más dichoso de los dos sería,
 Si el ave con tal dueño
 O el dueño con la dulce compañía,
 De quien velaba su tranquilo sueño
 Cantando noche y día.
 Mas quiso el hado infiel que se trocara
 La dicha en amargura,
 Que ya el ave sus cantos no entonara
 Y la sonrisa pura
 De la infelice niña se borrara.
 Quisolo así el rigor del hado fiero,
 Y al ir un día á descolgar gozosa
 Su débil jaula la aldeana hermosa,
 Muerto en su alcázar se encontró al jilguero.
 «Pobre jilguero mío,
 »De hoy más no escucharé tu pío, pío;
 »Ni batirás tus vuelos de colores
 »Al robar el alpiste de mi boca,
 »Ni yo de pasión loca,
 »¡Amor de mis amores!
 »Tu pobre jaula tejeré con flores.»
 De este modo exclamaba
 La triste niña á tiempo en que sacaba
 De su vivienda al pobre pajarillo,
 Y llena de congoja le besaba.
 Despues, bajo el romero
 Donde tiempos atras halló al jilguero,
 Lágrimas mil vertiendo de amargura,

Y con dolor insano,
 Abrió una sepultura
 Como el pequeño hueco de su mano,
 Depositó el amor de sus amores,
 Luego echó tierra y la cubrió de flores.
 Cuando del alba las primeras tintas
 Sobre la haz de la tierra derramaba,
 Y así las flores del pensil bañaba
 Como del valle las lujosas cintas,
 La pobre niña, con dolor profundo
 Visitaba la tumba del jilguero,
 Su antiguo compañero
 Y único amor que conoció en el mundo.

.....
 Era un hermoso día
 En que triste la jóven se encontraba
 Haciendo á su jilguero compañía,
 Y como siempre de dolor lloraba,
 Cuando su vista al levantar del suelo
 Pudo observar el indeciso vuelo
 De una urraca que habíase caído
 De las groseras zarzas de su nido.
 Y lo mismo que en tiempos no lejanos
 Al jilguerillo persiguió obstinada
 Y se hizo dueña de él, aprisionada
 Ver logró al fin la urraca entre sus manos.
 La besó con cariño,
 La arrulló como á un niño;
 Jaula de alambres dióla por morada,
 Y por la noche en su turgente pecho,
 Templado nido y regalado lecho.
 Del pajarraco inmundo á los graznidos,
 A su *hablar* chapurrado,
 A su vulgar plumaje, á sus silbidos,
 Andar grotesco y su volar pesado,
 Llegó la jóven tal á *acostumbrarse*,
 Que no volvió á acordarse,
 Ni del verde romero,
 Ni del sepulcro, en fin, ni del jilguero.

*Esta es la condicion de nuestra vida;
 Tal nos acostumbramos
 A todo ser ó cosa, á todo aquello
 Que un día y otro vemos ó tratamos,
 Que al fin lo horrible nos parece bello,
 Y en la belleza ápenas reparamos.*

JAVIER SORAVILLA.

EL DOS DE MAYO.

—¿Por qué tocan á muerto las campanas, papá? ¿por qué el cañon hace oír su ronca voz? ¿por qué estos sitios tan alegres todo el año, están hoy cubiertos de luto y los sacerdotes dicen misas al pié de ese monumento? ¿Quién ha muerto? ¿qué desgracia ha ocurrido para que así se demuestre el sentimiento?

—Hoy es un día de luto para la patria, hijo mio; hoy hace setenta y un años que Madrid fué teatro de una sangrienta epopeya, y todos estos sitios se regaron con sangre de mil valientes españoles mezclada con la de los invasores franceses.

—¿Y cómo fué eso, papá? Cuéntamelo, ya sabes que me gusta mucho aprender y que quiero saber la razon de todas las cosas.

—Nada agradable es, hijomio, lo que podré contarte, y ¡ojalá no hubiera sucedido! así no tendrías ocasion de saberlo.

A fines del pasado siglo y principios del actual, vivió en Francia un gran ambicioso, un gran conquistador llamado Napoleon Bonaparte, que poseído de la ambicion y ansioso de gloria, soñó con hacer del mundo entero un solo imperio y pensó conquistar toda la tierra; á la cabeza de un crecido ejército, recorrió vic-

torioso casi toda Europa, y España fué tambien sangriento teatro de sus conquistas; cien mil franceses entraron en nuestra nacion llevándolo todo á sangre y fuego, y sembrando la ruina y la desolacion por todos los ámbitos de la península.

De nada serviría, hijo mio, que yo entrara ahora en los detalles de aquella sangrienta epopeya; sería demasiado para tu infantil inteligencia, y de nada te aprovecharía; más adelante, cuando te halles en estado de emprender estudios serios, podrás seguir día por día todos los acontecimientos de aquella guerra: hoy por hoy te bastará con que conozcas el resumen de ella.

Apénas los ejércitos franceses pusieron el pié en la Península, por toda España se oyó el grito de independencia y cada español se convirtió en un leon, pronto á destruir al audaz invasor: hombres, mujeres y niños, mozos y ancianos, todos hicieron el sacrificio de sus vidas en pro de la patria; y este rincón de Europa hizo él solo, abandonado de todos, sin dinero, sin soldados, sin marina, lo que en vano habian intentado las demas naciones de Europa. Cinco años seguidos duró la lucha, cinco años



Altar conmemorativo de las víctimas del Dos de Mayo en el paseo del Prado.



Casa donde murió D. Luis Daoiz, en la calle de la Ternerera.

en los cuales no hubo en España sitio que no se regara con la sangre preciosa de sus hijos, cinco años en los cuales los españoles lucharon como héroes por la patria hasta que consiguieron arrojar de ella al invasor.

—¿Qué es la patria, papá?

—La patria es el lugar donde vimos la luz por vez primera, donde nacieron y murieron nuestros padres y nuestros abuelos, donde viven nuestros hermanos; la patria es la tierra que pisamos, el aire que respiramos, la vida que tenemos; la patria es, despues del amor á Dios, el más grande, el más noble, el más santo de los amores, y por la patria debemos dar hacienda y vida.

—¡Qué hermoso es eso, papá!

—Oh sí, hijo mio, muy hermoso; por eso nuestros abuelos morian por ella, y cuando el plomo ó el acero de los franceses arrancaba su vida entre torrentes de sangre, su último suspiro, su último pensamiento era ¡viva España! y morian contentos porque con sus vidas compraban la libertad de la patria.

—Oye, papá, ¿habria muchas muertes?

—Sí, hijo mio, de una y otra parte; pero miéntras los franceses morian sacrificados á la ambicion de uno sólo, los españoles perdian la vida por la salvacion de todos.

—Y en Madrid, ¿quéhubo, papá?

—En Madrid hubo, lo que en Zaragoza, lo que en Talavera, lo que en todas partes: millares de víctimas, rios de sangre, casas incendiadas, cañonazos, descargas de fusilería, lágrimas, alaridos, sangre y ruinas; y entre todo aquel estruendo, entre toda aquella carnicería, el grito de ¡viva España! que, dominandolo todo, aniquilaba, destruia al invasor: era el dos de Mayo de 1808; los franceses habian entrado en Madrid y sus valientes habitantes se defendian como héroes, los madrileños caian ensangrentados; pero ántes de morir, mataban, y los abiertos ojos de los moribundos miraban á sus hermanos, á sus amigos, y de sus labios cárdenos salian gritos de venganza. Daoiz y Velarde, capitanes de artillería, puestos al frente del pueblo de Madrid, dirigian la defensa, y dieron su vida por España en aquella gloriosa jornada: cientos de madrileños fueron fusilados aquí en estos sitios, á la sombra de estos mismos árboles, y sus frias cenizas reposan bajo el obelisco que ahí contemplas.

Hoy se cumplen setenta y un años desde que trascurrió aquel aciago, aunque glorioso dia; y recordando aquella jornada se escucha la ronca voz del cañon, se oye el triste tañido de la campana, y á la memoria de aquellas nobles y santas víctimas del amor patrio se

dicen misas al pié de ese monumento.

—¡Qué triste es todo eso, papá!

—Sí, hijo mio, muy triste, muy triste, como lo son siempre las guerras: ¡cuántas madres sin hijos! ¡cuántas esposas sin maridos! ¡cuántos niños sin padre! esas son las consecuencias de las guerras: ¡malditos los hombres que tales desgracias originan!

—Oh sí, papá, desde hoy voy á aborrecer de muerte á los franceses.

—No, hijo mio; los franceses son hombres ántes que franceses, y los hombres son todos hermanos; ellos no tenían la culpa, obedecían las órdenes de su emperador, y lo que hacían era lo que se hace siempre en las conquistas: no los aborrezcas, hijo mio; Dios aconseja el perdón de las injurias, y si ellos nos ocasionaron grandes desgracias pagáronlo bastante, teniendo que abandonar á España vergonzosamente despues de cinco años de continúa lucha; no los aborrezcas, porque son tus hermanos, son tus prójimos, y Dios nos manda *«amar al prójimo como á nosotros mismos.»*

—Bien, papá, te obedeceré, no

los aborreceré; y si puedo hacerles bien, trataré de hacerlo; pero no podré olvidar nunca los males que á la patria causaron, y cuando recuerde lo que nuestros padres hicieron por la patria invadida, lloraré como ahora lloro á su memoria.

—Eso sí, hijo mio, eso sí, llóralos y tómalos por modelo; ahora empieza tu vida, y Dios sabe lo que te podrá suceder y en qué ocasiones te hallarás; acuérdate siempre de que descienes de aquellos valientes; no olvides nunca que eres hijo de una nacion de bravos y de héroes; y si algun dia la patria necesita de tu vida dásela gustoso, porque tambien la dieron tus abuelos, porque es tu madre, y sobre todo porque eres español y los españoles saben gritar ¡viva España! de tal modo que sus gritos ahogan el estampido del cañon, se elevan sobre el humo de la pólvora, y subiendo, subiendo por el espacio, llegan hasta el trono de Dios, no como un lamento, sino como un himno de triunfo.

VENTURA MAYORGA.

CONVERSACIONES DE UN PADRE CON SUS HIJOS SOBRE HISTORIA SAGRADA

CONVERSACION QUINTA.

Muchas veces se detenía el joven inocente á contemplar la majestad y belleza de aquel cuadro, elevando despues su mirada al cielo como en señal de gratitud y reconocimiento hácia Dios nuestro Señor, y llamando la atencion sobre esto mismo á su hermano Cain, quien no podia oir las exclamaciones de Abel sin que se sintiera su corazon medio conmovido; pero ahogando todos los latidos que aquél le daba, procuró acelerar el paso y entrarse más en la espesura.

Viendo que ésta era tal que no podia ser observado por nadie, se arrojó sobre su hermano dándole la muerte, consumando así el mayor de los crímenes, esto es, el fratricidio.

—¡Pobres niños, queridos de mi alma! ¡estoy notando el dolor que en estos momentos sufre vuestro tierno corazon!... En verdad que siento causaros hoy este pesar; ¿pero cómo hacer para evitarlo? No era posible; yo no podia hablaros de la Historia Sagrada sin contaros este triste suceso, y además una de las condiciones, como ya sabeis, del historiador, es el ser veraz

y exacto en los hechos que se propone narrar.

Cain, ante el cadáver de su inocente hermano, conoció con todos sus horrores el crimen que habia cometido, y aunque su corazon permanecía todavía endurecido para todo sentimiento, sin embargo, el temor natural de que le persiguiesen y juzgasen, le obligó á huir y esconderse de la vista de sus padres; mas la voz de Dios, que está presente á todo, le salió al encuentro preguntándole:—«¿Dónde está tu hermano Abel!» Figuraos lo que pasaria entónces por el alma de Cain al oir aquella voz poderosa que le acusaba de su crimen, que creia oculto é ignorado de todos: á pesar de esto, era tal su ceguedad que no comprendió que aquella voz, á la vez que era de un juez, era tambien la de un padre que le preparaba el camino del arrepentimiento; pero sólo tuvo palabras de orgullo y de soberbia, y le contestó:—«No lo sé; ¿soy yo acaso guarda de mi hermano?...» ¿Qué os parece, hijos míos, de esta respuesta tan poco humilde é irreverente?... Dios Nuestro Señor, revistiéndose

de todo su poder, fulminó entonces estas tremendas palabras:—«¿Qué has hecho, desventurado? la voz de la sangre de tu hermano clama á mí desde la tierra. Pues ahora, maldito serás sobre la tierra que abrió su boca y recibió de tu mano la

sangre de tu hermano. Despues que la labrares no te dará sus frutos; vagabundo y fugitivo andarás sobre la tierra.»

(Se continuará.)

RAMON SEGADE.

LA BUENA ACCION.

—Oye, papá; ya hace mucho tiempo que no nos cuentas historias, ¿acaso no tienes ya ninguna nueva que contarnos?

—¿Y qué quereis que os cuente, hijos míos?

—Cualquier cosa: ya sabes, papá, que nos gustan mucho los cuentos, y sobre todo cuando eres tú el que los refiere: ¡lo haces tan bien!

—¡Adulador! todo eso lo dices para que os entretenga, ¿verdad?... Vaya, os contaré la historia de Gonzalo; pero habeis de oirla con atención, porque de ella sacareis algun provecho.

—Sí, papá, te escucharemos con mucho juicio y no olvidaremos jamás lo que nos digas.

—Pues escuchad:

Hace muchos años, cuando España estaba dividida en varios estados, y algunos de éstos en poder de los moros, vivia en las fronteras del reino de Granada un pobre cam-

pesino llamado Mendo, que en compañía de su hijo Gonzalo habitaba una miserable cabaña.

Sustentábanse ambos de los frutos de la tierra, y á costa de grandes trabajos ganaban lo suficiente para vestirse; la madre de Gonzalo habia muerto algunos años hacia, y éste y su padre vivian allí solos, alejados de las continuas luchas de moros y cristianos que por aquel entonces ensangrentaban nuestro suelo; más de una vez, y ocultos entre las breñas, habian sido testigos de los rudos combates que todos los dias tenian lugar en aquellas comarcas, y habian tenido la suerte de no participar de las desdichas que la guerra trae siempre consigo.

Así vivieron algunos años, y á medida que éstos pasaban, íbase haciendo más viejo y achacoso el buen Mendo y más penosa la existencia de él y su hijo, el uno anciano ya y enfermo, jóven el otro

y delicado, veían ambos llegar á sus puertas la miseria sin que nada pudieran oponer á ella; un día llegó, por fin, en que Mendo cayó postrado en cama, y desde entónces Gonzalo quedó forzosamente encargado de procurarse el alimento de ambos.

No desmayó por eso el buen muchacho: habíase educado en la desgracia, y ésta habia formado su carácter haciendo de él, aunque niño por la edad, un hombre por la energía; desde el instante en que Mendo cayó postrado en cama, propúsose Gonzalo atenderle en todo y ser el encargado de que nada faltase en la vivienda; ruda tarea, difícil, por no decir imposible, de realizar; pero el muchacho tenía fe y amaba á su padre con toda su alma, y á contar del día en que cayó enfermo, salía Gonzalo ántes de amanecer y no volvía á su casa sin algun ave ó algun conejo muerto diestramente de un flechazo; una tarde calurosa del mes de Agosto, encontróse el buen Gonzalo en un bosque; aquel día habia andado mucho internándose en tierra de moros, y el bosque donde se hallaba pertenecía al reino de Granada: esto no le importó en lo más mínimo, pues hasta entónces, ni sarracenos ni cristianos le habian molestado nunca; así es que decidió descansar un rato sobre la yerba y á la sombra de aquellos árboles.

Largo rato llevaba durmiendo

cuando despertó súbitamente á causa del ruido que no léjos de allí se oía, y deseoso de averiguar lo que aquel estruendo motivaba, dirigióse hácia el sitio de donde provenia aquel rumor, avanzó con precaucion entre las ramas, y al llegar á los linderos del bosque vió con espanto una partida de moros corriendo tierra adentro, y en el suelo los cadáveres de algunos cristianos que, sorprendidos sin duda en un reconocimiento, habian sido destrozados por los agarenos: todos estaban muertos, á excepcion de uno que, desangrándose por muchas heridas y rota en pedazos la armadura, iba á sucumbir al filo del acerado alfanje de un hercúleo moro; Gonzalo, al ver al cristiano en tan inminente peligro, puso una flecha en su arco, tendió la cuerda de éste, y la aguzada jara fué silbando á clavarle en el pecho del mahometano en el instante mismo en que éste levantaba el acero sobre el nazareno: cayó el mulsuman, llegó Gonzalo, y haciendo un violento esfuerzo, colocó sobre el caballo del moro el exánime cuerpo del cristiano, y saltando sobre el corcel, lanzóse á galope en direccion á su cabaña.

Todo esto acaeció en ménos tiempo del que para referirlo se necesita, y los moros de la partida no tuvieron lugar de apercibirse de ello; llegado Gonzalo á su choza, tendió

sobre su lecho el ensangrentado cuerpo del guerrero, y desnudándole del acerado arnés, lavó con agua clara sus heridas, cubriéndolas en seguida con yerbas medicinales.

El cristiano, aunque atravesado el cuerpo de muchos lanzazos, no tenía sin embargo ninguna herida grave, y al cabo de algunos dias pudo levantarse curado de sus dolencias, y pronto se halló en estado de montar á caballo; hasta entónces Gonzalo habia cuidado de él con la más tierna solicitud; y cuando, curado completamente, comunicó al muchacho su próxima partida, no pudo éste contener algunas lágrimas, pues habia tomado cariño al caballero; partió al fin éste, y Gonzalo quedóse en su cabaña cuidando de su padre, cuya enfermedad avanzaba rápidamente: la muerte cernia sobre su cabeza su pesado vuelo, y á los pocos dias de la marcha del caballero, el buen Mendo espiró en brazos de su hijo.

El pobre Gonzalo quedó solo, completamente solo en el mundo: aquel dia le pasó llorando y la noche le sorprendió al pié del lecho mortuario; ya la luna llevaba recorrida la mitad de su carrera cuando Gonzalo oyó pisadas de caballos en las inmediaciones de su cabaña, y lleno de terror asomóse á una pequeña ventana con objeto de ver lo que causaba aquel ruido; á la pálida luz de la noche percibió una

gran tropa de jinetes armados que ante su choza se detenian; la luna, reflejándose en sus bruñidas armaduras, las hacia brillar con plateados destellos, y las piezas de los arneses se chocaban entre sí despidiendo un ruido metálico. Uno de los jinetes, el jefe sin duda, desmontóse del brioso corcel en que cabalgaba, y dirigiéndose á la cabaña, llamó á su puerta con el ferrado guantelete; Gonzalo, temblando de terror, abrió, ¡y cuál no sería su sorpresa al reconocer al herido caballero que habia salvado dias ántes de una muerte cierta!

—«Soy yo, Gonzalo,—dijo—que vengo á pagarte la deuda que he contraído contigo. Soy un poderoso conde, dueño de toda esta comarca; á no ser por tu valor habria muerto á manos de los sarracenos, y hoy vengo á darte el pago de tu buena accion.»

Gonzalo, al oir esto, extendió llorando el brazo hácia el lecho en que su padre yacia, y á la blanca luz de la luna contempló el conde su yerto cadáver.

—No llores—dijo el conde;—tu padre ha muerto, pero tú no estás solo en el mundo; yo haré sus veces, y desde ahora vendrás conmigo y vivirás en mi compañía.

Gonzalo se arrojó llorando en brazos del conde; á una orden de éste, algunos guerreros cavaron una fosa inmediata á la cabaña, en-

terraron en ella el cadáver de Mendo, y después de colocar sobre aquella tumba una cruz de ramas de árbol, partieron de aquel sitio llevándose á Gonzalo.

.

Algunos años después, D. Fernando el Católico armaba caballero delante de toda su corte á un joven guerrero que habia dado grandes muestras de valor durante el sitio de Granada.

Aquel caballero era Gonzalo, el hijo de Mendo: su valor, y sobre todo su buena accion, le hicieron llegar á ser uno de los primeros personajes de la corte de los Reyes Católicos.

Esta es la historia, hijos míos: grabadla en vuestra memoria, y no olvideis jamás que Dios no deja nunca sin premio las buenas acciones.

CÁRLOS AGUIRRE.



¡Un cuartito para la Cruz de Mayo!